

EL PUEBLO BARI Y LA NUEVA EVANGELIZACION

Gregorio Alvarez L., ofm Cap.

Voy a intentar sistematizar estas notas que recogen la experiencia misionera de quince años entre los Barí. No quisiera que fuesen un remitido sin respuesta. Es más, si acepté la invitación a participar en la reflexión sobre la Nueva Evangelización es por creer que los teólogos deben asumir nuestra experiencia pastoral indígena y ayudarnos a reflexionar los retos tan importantes como la inculturación del evangelio, el nacimiento de la Iglesia autóctona o la teología indígena. Esta esperanza me motiva a comentar mi caminata misionera.

- Una experiencia de 15 años.

Tuve la oportunidad inicial de dedicar todo un año a conocer el panorama misionero de los tres Vicariatos que los Capuchinos tienen en Venezuela (Delta Amacuro, Caroní y Machiques). Siguiéron luego dos cursos de actualización misionera, en Caracas y Quito. Son dos momentos de referencia obligada, pues en cierto sentido motivaron el enfoque pastoral para quien comenzaba. Ellos además provocaron una auténtica crisis con bastantes tensiones e interrogantes. Ya en los equipos misioneros visitados se percibía un cuestionamiento profundo en orden a revisar la metodología y los contenidos de la actividad misionera. En los cursos de actualización emergía con fuerza la nueva teología del Vaticano II y los planteamientos antropológicos que iban

a provocar un giro de noventa grados en la actividad misionera de la Iglesia (Encuentro de Barbados).

En este contexto yo solía hacer siempre la misma pregunta: ¿Qué entendemos por misión, por evangelizar? A Monseñor Proaño se la hacía al final de cada intervención. Su respuesta se ha ido clarificando con el tiempo: cumplir el mandato del Señor de anunciar el Reino en cuanto que es cumplimiento de la voluntad de Dios, en cuanto que es salvación y vida, en cuanto respuesta a las utopías de todos los hombres. La Iglesia recibe ese mandato de Jesús y se hace misionera. El misionero no actúa por cuenta propia, es la Iglesia la misionera y esto implica la necesidad de hacer referencia a la comunidad de creyentes.

Como misionero no podía sentirme desconectado de la Iglesia que me enviaba e intenté implicar el mayor número posible de creyentes en el proyecto evangelizador de los Barí. Tal vez era un poco prematuro, ya que no hubo muchas respuestas, pero las pocas que se dieron ayudaron mucho a ubicarme entre los Barí. Era triste constatar la soledad que se le exigía al misionero, pues si bien se magnificaba su obra, no se le proporcionaba la posibilidad de compartir la evangelización con otros sectores de la Iglesia (teólogos, jerarquía, párrocos...). Era la Iglesia nacional quien no asumía la responsabilidad misionera, confiándola a la buena voluntad e inspiración de los misioneros. Esto no debía ser así. Y por suerte, vendría Puebla y el mismo Papa a subrayarlo.

Siguiendo el hilo de la reflexión histórica, aquellos eran tiempos en que el espíritu de Medellín llegaba hasta la selva y se hacía hincapié en la cercanía del Reino entre los más pobres, por ser un signo importante del Reino el que los pobres fueran evangelizados. Se buscaban signos, señales y obras que explicitaran esta opción.

Con este criterio quise ubicarme entre los Barí con un proyecto concreto de lo que hoy llamamos inculturación: presencia sencilla, desligada de todo signo de poder y el propósito de conectar lo más rápidamente posible con la cultura Barí. Vistos a la distancia, aquellos años han sido paradójicamente el espacio más instructivo de mi aprendizaje misionero. Reconocer y valorar a los Barí como alteridad, como un pueblo sabio y laborioso, aunque pobre y en inminente peligro de extinción, me convirtió un poco en contemplativo ante la obra de Dios en cada pueblo y cultura. Antes que nada aprendí a

adorar a Dios presente ya en el corazón Barí y en su cultura. Esta fue mi primera sorpresa: Dios había llegado antes que nosotros y había realizado su obra. Desde aquellos días conservo este artículo de fe: “Viyi Barí, yera asasiyi, kanda asasiyi, bokyí asasiyi Sabaseba askrámia viyi agbayflo”. “Ustedes Barí, hijos de la selva, hijos de la sierra y de los ríos, llevan a Dios en el corazón”.

Mi preocupación inicial no era tanto la comprensión intelectual del mundo Barí, como el lograr un acercamiento afectivo al grupo, el aceptarlos como eran, como algo legítimo y muy capaz de enriquecerme a nivel moral y religioso. No sentí nunca la necesidad de disfrazarme de nada: ni de Barí, ni de capuchino. Mi especificidad cultural era aceptada en la medida que yo reconocía la de ellos. Esto permitió el mutuo entendimiento y el inicio de un diálogo en el lenguaje y en la vida.

No realicé en este tiempo una actividad misional específica de sacramentalización o de anuncio. Por una parte me ocupaba mucho tiempo el trabajo manual con la comunidad y el resto del tiempo había que aprender el idioma, rezar, estudiar... Ahora yo diría que sin este proceso de inculturación no se puede evangelizar, y tampoco hacer teología indígena.

Esta actitud de acercamiento no era difícil para un franciscano, sí lo serían las nuevas exigencias del compromiso misionero. Llegó un momento en que el diálogo abierto propició la oportunidad de evangelizar, de justificar mi presencia en la selva no sólo como solidaridad o identificación con el pueblo Barí. El misionero es más que un espectador solidario, tiene algo que decir. Y la palabra en la misión es importante, debe ir acompañada de coherencia entre lo que se dice y se hace, debe tener autoridad y libertad para quitar las caretas.

- Inculturación.

La teología afirma que el Reino que se anuncia no debe estar ligado a una estructura o cultura determinada, incluso que debe darse un transvasamiento cultural, en el sentido de poder verter la fe al pueblo donde se llega, en moldes culturales autóctonos. Esto exige mucho: comprensión cultural, respeto y reconocimiento por la obra del Espíritu en la historia de cada pueblo, estabilidad y permanencia suficiente. Garantizada por la Orden mi continui-

dad entre los Barí, se abría una nueva etapa de búsqueda y discernimiento de las huellas de Dios en la vida y cultura de este pueblo. Es una tarea de siempre, que exige conectar con la memoria mítica a partir de la cual ellos explican su origen y justifican su comportamiento y su historia. El diálogo llega aquí a un campo delicado: el alma indígena, sus creencias, sus seguridades, en una palabra el corazón mismo de su cultura. El misionero “trabaja con la parte más importante, más sensible y profunda de las culturas, la que da las respuestas a las preguntas más inquietantes de la existencia: de dónde vengo, a dónde voy, qué explica mi presencia en el mundo, en qué se asientan las normas de mi proceder. Las respuestas son la base de sustentación de la armazón organizada de todos los elementos de la cultura: valores, símbolos, lenguaje, creencias, organización social”¹.

Al misionero se le exige que sea capaz de iniciar una reflexión teológica indígena con mucha sinceridad. “Ni nuestra fe, ni nuestro Dios están amenazados por una reflexión teológica que trate de rescatar valientemente, dentro de la catolicidad de la Iglesia, las expresiones religiosas de nuestros pueblos indígenas. El Dios cristiano no está reñido con el Dios indígena, porque ambos son la misma realidad, aunque reciban nombres diversos”².

- *Diálogo entre religiones.*

Hay otra experiencia histórica a tener en cuenta: la demonización que se hizo de las religiones indígenas y por tanto la necesidad de extirparlas, equivale a la negación de las religiones indígenas y a la negación del mismo indígena como sujeto religioso³.

El Barí nunca ha puesto reparos al diálogo religioso. Con emotividad y sencillez, los ancianos Barí siempre tienen tiempo para compartir su sabiduría y despejar el camino hacia la comprensión de sus tradiciones. No deja de ser significativo que estos mismos ancianos sean los más asiduos compañeros en la mesa eucarística.

-
1. LAVANDERO Julio, “Inculturación religiosa y sociocultural entre los Guaraos”, en *Nuevo Mundo* 137 (1988) 286.
 2. CARRASCO Bartolomé, *La misión de la Iglesia de ayer, hoy y siempre*, p. 46.
 3. Cf. Primer encuentro Euménico de Pastoral del Caribe, Paraná 1989.

Creo que la actitud que tome el misionero con las religiones indígenas, es un buen termómetro para medir la apertura de los indígenas al Evangelio. El camino más corto de la evangelización es el ecumenismo, en cuanto que lleva a ver que los valores de todas las culturas tienen un mismo Autor y que todas las religiones buscan la salvación de las personas que siguen con sinceridad la voluntad de Dios. No se trata de sustituir una religión por otra, sino de personificar a Dios, de sentirle presente y vivo, invitándonos a la comunión con él. La “Redemptor Hominis” nos dice que en la misión nos acercamos a todas las culturas “con aquella estima, respeto y discernimiento que, desde los tiempos de los Apóstoles, distinguía la actitud misionera y del misionero... La actitud misionera comienza siempre con un sentimiento de profunda estima frente a lo que en el hombre había, por lo que él mismo, en lo íntimo de su espíritu, ha elaborado respecto a los problemas más profundos e importantes; se trata de respeto por todo lo que en él ha obrado el Espíritu que ‘sopla donde quiere’. La misión no es nunca una destrucción, sino una purificación y una nueva construcción por más que en la práctica no siempre haya habido una plena correspondencia con un ideal tan elevado. La conversión que de ella ha de tomar comienzo, sabemos bien que es obra de la gracia, en la que el hombre debe hallarse plenamente a sí mismo” (RH 12).

En la vivencia Barí no hay choque o contradicción entre Sabaseba y Jesús, entre comunidad Barí y comunidad de fe. Hemos intentado llegar al corazón de la cultura Barí para que sus valores sean reforzados; hemos intentado dejarnos evangelizar por su carismático modo de ver la vida; tratamos de que vean su historia como un camino abierto, en el cual faltan aún muchas cosas por decir.

- Formación de Agentes.

Decididamente estamos apoyando la formación de Agentes de Pastoral, con la intención de que surja una auténtica pastoral indígena, donde sean ellos quienes animen la fe de las comunidades y a la vez sea semilla de una Iglesia autóctona con matices Barí. Estos cuarenta Agentes son ya un signo esperanzador de la inculturación del Evangelio entre los Barí. Su formación y animación no está exenta de contradicciones y problemas, son un reto para nuestra pastoral actual, en cuanto les debemos un acompañamiento incondicional que les dote de espiritualidad y capacidad para ser servidores de sus her-

manos y creadores de comunidad de fe. Nuestro proyecto es ambicioso ya que hemos propuesto un diálogo teológico para el que ni ellos, ni tal vez nosotros estemos preparados. Los misioneros y los indígenas necesitamos el servicio de los teólogos para lograr entre todos ir avanzando en el camino de crear una Iglesia latinoamericana, que no lo será nunca si olvida sus raíces indígenas y los sesenta millones de indígenas.

- Construcción del Reino.

Otro aspecto importante de la evangelización, es la construcción del Reino. El mandato de Jesús a la Iglesia no es sólo anunciar, sino ayudar en la construcción del Reino, ser su germen.

Construir el Reino significa transformar desde dentro la estructura de pecado que condiciona que surja la humanidad nueva. Es como el camino concreto del proceso de evangelización.

- Situación de marginalidad.

El mayor condicionamiento de los pueblos indígenas, también el Barf, lo constituye su situación de pobreza y marginalidad. ¿Qué causa esta pobreza? No la pretendida impotencia de los mismos indígenas por salir de ella, sino una estructura ciertamente injusta y pecadora que les es impuesta y en la cual no cuentan para nada. La actividad misionera implica enfrentar el problema de la estructura si quiere ser liberadora, si quiere realmente crear un espacio social donde todos los hombres se den la mano, donde sea posible la unidad del género humano sin destruir la diversidad, donde sea verdad proclamar que todos somos familia de Dios.

Y liberarlos significa optar por ellos en cuanto pobres y en cuanto indígenas con sus problemas y valores, significa denunciar proféticamente toda estructura injusta y trabajar por el cambio de la sociedad (Cf. Puebla 1134 ss.).

Esto es difícil si antes el misionero no se despoja de su etnocentrismo cultural, si no es capaz de relativizar su propia cultura y despojarse de sus condicionamientos.

Gran parte del proceso misionero vivido, lo ha ocupado el discernimiento de los signos de pobreza y marginalidad en que han vivido los Barf. Re-

cuperar la memoria histórica para conocer el pasado y construir el futuro en una perspectiva nueva ha sido un paso previo que no podíamos soslayar. El viejo proyecto colonizador, que tan duramente golpeó a los Barf causando masacres y despojo de tierra, sigue vivo bajo formas sutiles o descaradas de agresión a sus tierras con proyectos de explotación de recursos naturales. La desvergüenza del sistema es tal, que no ha tenido reparos en descalificar a los Barf, a través de la prensa, haciéndoles pasar “como obstáculo al progreso, como terratenientes y como una carga para el Estado”. Tal parece que a nuestra sociedad le importa más la bauxita, el carbón o los potreros que los seres humanos.

En quince años he sido testigo de cómo los deseos desmedidos de los insaciables de la tierra, amparados por el sistema que deja hacer, se han convertido en una auténtica licencia para matar la naturaleza.

Frente a este proyecto dominador y desarrollista se afirma, con fuerza, entre los Barf una permanente resistencia, resistencia que emerge con voz propia y que se explicita en un proyecto alternativo de coexistencia pacífica, fiel a su esquema comunitario y profundamente respetuoso con la realidad pluricultural de nuestra sociedad.

- Retos para la Iglesia.

Tal vez éste sea un momento crítico para los Barf, en que se está definiendo un futuro de vida o muerte. Juan Pablo II ha sido muy claro en su carta pastoral en favor de las minorías: “El derecho a existir puede también sufrir menoscabo mediante formas más sutiles. Algunos pueblos, particularmente los calificados como autóctonos o aborígenes, han tenido siempre con su tierra una relación especial, que está unida a su misma identidad, a sus tradiciones tribales, culturales y religiosas. Cuando las poblaciones indígenas ven privadas de su tierra pierden un elemento vital de su existencia y corren el riesgo de desaparecer como pueblo⁴.”

Sólo la hipocresía social, que hace unos años se escandalizó con el desalojo de los Mixquitos en Nicaragua, se niega ahora a ver lo que a diario sucede en nuestra propia casa.

Es deber de la Iglesia misionera hacer un llamado a la conciencia social, a la responsabilidad del Estado para que se haga justicia con los Barf y

4. JUAN PABLO II, *Para construir la paz, respeta las minorías*, n. 6.

con todas las minorías étnicas, a fin de respetar sus derechos. Así lo hace el Papa en su mensaje: “De hecho, el respeto a las minorías étnicas de alguna manera es considerado como un punto de referencia para una armoniosa convivencia social y como índice de la madurez civil alcanzada por un país y por sus instituciones. En una sociedad realmente democrática, el garantizar la participación de las minorías en la vida pública es signo de elevado progreso civil, lo cual honra a aquellas naciones en las que se garantiza a todos sus ciudadanos esa forma de participación en un clima de verdadera libertad”⁵.

Este llamado a la solidaridad es también para la Iglesia nacional y para los teólogos. A los indígenas o se les asume y acepta como son, en su especificidad cultural o se les integra. De una u otra postura depende su vida o su muerte.

En este sentido, tengo unas preguntas para los teólogos: ¿Por qué la Teología latinoamericana carece de elementos de análisis o reflexión sobre la realidad indígena?, ¿por qué en su método de análisis no entra lo étnico y pretende asumir a los indígenas en la categoría de pobres?, ¿por qué se afirma que sesenta millones de indígenas de este continente no son una fuerza de cambio social? ¿No será que el etnocentrismo ha contaminado hasta la reflexión teológica?, ¿no será oportuno relativizar las categorías de análisis?

Gustavo Gutiérrez, un recién convertido a la causa indígena, decía a los Capuchinos reunidos en Lima que el movimiento indígena tiene una gran esperanza en la Iglesia. Es algo que se puede constatar en todo el Continente, éste es un punto anotado por la sangre y el sudor de los misioneros.

Es necesario que la Iglesia, bases y teólogos, pueda decir que para ella los indígenas son una esperanza. Sería una manera de recuperar una de las páginas más bellas de nuestra historia, la de los fundadores de la Iglesia latinoamericana, la de Bartolomé de Las Casas y Montesinos, la de tantos Obispos y misioneros que vieron en el dolor indígena un “lugar teológico” digno de ser amado y respetado, a la vez que asumido en orden a su liberación.

Debo reconocer que en el proceso de inculturación, en la relación entre culturas, no existen claves únicas, sólo algunos criterios que orientan los diversos caminos. El mío es uno de tantos posibles, determinado por el proceso concreto del pueblo Barí y por la gran solidaridad de hermanos y hermanas que me han acompañado.

5. JUAN PABLO II, *o.c.*, n. 12.